

**EL**  
**SITIO DE SEVILLA,**

**ODA**

POR

*D. Hdefonso José Vico,*

DEDICADA AL

**INVICTO PUEBLO SEVILLANO.**



**SEVILLA:**  
IMPRESA DEL DIARIO DE COMERCIO,  
calle de la Muela n. 23.  
1843.

1911

# THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1911

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1911

THE UNIVERSITY OF CHICAGO



THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
1911



¿A dónde van las bárbaras legiones  
Que del Bétis oprimen las llanuras,  
Y la feraz y encantadora tierra  
Donde nunca sonó grito de guerra  
Inundan de caballos y armaduras,  
De carros, de cureñas y cañones?  
Sus bélicos pendones  
Do las armas gloriosas de Castilla  
Entre nubes de polvo resplandecen,  
¿Por qué amenazan á la fiel Sevilla,  
Y su cielo purísimo oscurecen  
Cual hórrido huracan, que rebramando  
Va los fértiles campos arrasando?

¡Ay que el caudillo que las huestes manda  
Es un vil asesino!  
Ved en su diestra el hierro fratricida  
Que procura ocultar bajo la banda,  
Y en su siniestra la inflamada tea

Con que incendió á Barcino.  
Ved su frente con sangre enrojecida;  
Ved esa mancha que su rostro afea....  
Miradlo.... ¡él es! el déspota inhumano,  
El satélite inmundo del tirano.

Del tirano que España en negro día  
A regir sus destinos elevára,  
Y hoy rechaza indignada de su seno,  
Que con su torpe aliento emponzoñára,  
Y en su fiera agonía  
De furia y rabia y de vergüenza lleno,  
De baldon y desdoro,  
Cual triste meteoro  
Que recorre la esfera,  
Marcando va con sangre su carrera.

Ya á la ciudad se acercan los soldados  
De oro y sangre sedientos,  
Y con ojos sangrientos,  
La miran y contemplan estasiados.  
Con tanto brillo acaso deslumbrados  
Gózanse en ver su presa devorada,  
Y su triunfo celebran ya seguro  
Con bárbaro clamor y gritería.  
¡Ay de la hermosa flor de Andalucía  
Que duerme descuidada  
Sin soldados, sin armas y sin muro!

¡Pero ya un grito eléctrico resuena  
En la ciudad augusta!  
¡Grito de guerra que los aires llena,

Grito sagrado que al tirano asusta!  
El glorioso pendon del gran Fernando  
Con pompa y aparato suntuoso,  
Va los antiguos muros visitando  
Que un tiempo lo miraron victorioso.  
Concurso inmenso corre saludando  
La sacra enseña, y conmovido jura  
Antes morir que con su planta impura  
Huellen los viles el recinto hermoso.  
Alza su voz el pueblo numeroso,  
La voz de patria ó muerte atronadora,  
Y del templo en la bóveda retumba;  
Del monarca inmortal la régia tumba  
Se conmueve y retiembla de repente,  
Y la sagrada sombra se incorpora,  
Que á salvar otra vez torna á Sevilla;  
Con célico fulgor súbito brilla,  
Y elevada cual nube trasparente  
Por el templo y las calles se derrama,  
Y cual celeste vengadora tea  
Que los pechos inflama,  
A sus hijos convoca á la pelea.

Del patrio fuego divinal herida  
Corre á la lid la juventud ardiente.  
Calles y plazas hierven en guerreros  
Que orgullosos empuñan los aceros,  
Y juran por la patria dar la vida.  
Llora el anciano en su vejez odiosa  
Al mirar que su mano temblorosa  
De las armas el peso no consiente.  
Jamás la capital de Andalucía

Un aspecto mostró tan imponente,  
Ni tanta union, ni tanta bizarría.  
No hay clase, no hay matiz; los sevillanos  
Todos ansian morir en la pelea,  
Libres son todos; todos son hermanos.  
En la torre gigante libre ondea  
El pabellon que insulta el bando impuro.  
Acá y allá rechina la cureña,  
Suena el clarin; con paso mal seguro  
La turba se despeña,  
Anhelando subir al débil muro,  
Que jamas en seis siglos fuera hollado,  
Y hora retiembla al peso del soldado.

¡Cuán grandioso y sublime se levanta  
Un pueblo libre que al tirano yugo  
No dobla su cerviz!... Que venga ahora  
El satélite infame del verdugo  
Con su hueste feroz y aterradora.  
¿Por qué detiene su turbada planta  
El que antes hizo de su fuerza alarde?  
¿No ve que el roto muro,  
Y antiguos torreones ya deshechos  
Le dan paso seguro?  
¿Teme el traidor á los desnudos pechos?  
Sí teme ¡vive Dios! que es un cobarde.

¿Mas qué extraño rumor hiere el oido  
Con hórrido fragor? ¡El alevoso  
Con nobles armas combatir no sabe!  
¡Solo traicion en los traidores cabe!  
Truena el mortero. El áspero zumbido

De la bomba preñada asorda el viento,  
Que estalla en remolino polvoroso,  
Y hace temblar la tierra en su cimicento  
Con furor espantoso.  
¡Basta, no mas! Los bárbaros hicieron  
Lo que el cafre tal vez nunca intentára  
Contra pueblo indefenso. ¡Ved, tiranos,  
Que vais á hundir á la ciudad eterna,  
Que un torrente de siglos fabricára,  
Y el sangriento africano respetára!  
No, tened, inhumanos;  
Sed nobles una vez. ¿Qué mal han hecho  
Millares de mugeres y de ancianos?  
¿Qué mal os pudo hacer la virgen tierna,  
Y otros miles sin cuento de inocentes,  
Que tiemblan al oír el estampido,  
Y huyen al ver que se desploma el techo  
Al seno de su madre estremecido?  
No mas traicion; lidiad como valientes.  
Si quereis la ciudad, abridle brecha.  
En el muro buscad á los soldados.  
Con ellos pelead si sois osados,  
Mas.... lejos vaya la inflamada mecha.

La arrojaron, no hay duda. El bronce agudo  
No truena ya. ¿Será que condolido  
Desista el temerario de su intento?  
No será; no será. ¡Cobarde y rudo  
Piensa el traidor que rinda un parlamento  
A los que él con sus bombas no ha rendido!  
Deshizo su ilusion presuntuosa  
Del ilustre caudillo la respuesta:

Palabras de heroísmo, que orgullosa  
La salvadora Junta pronunciára,  
Y que la Europa atónita escuchára.  
«No es Sevilla la patria» le contesta,  
«Si á la patria amenaza la cuchilla,  
«Sálvese España, y húndase Sevilla.»

Despechado y furioso del mensaje  
Ante un monte de pólvora el tirano  
Jura arrasar á la ciudad valiente.  
Alzase entonces hórrido celage,  
Que oscurece la atmósfera y que en vano  
Anhela el sol romper desde el Oriente.  
Hace arder el ambiente  
Lluvia espesa de bombas encendidas,  
Que desciende con furia estrepitosa.  
Vense caer las casas demolidas  
Y la torre orgullosa,  
Y de los templos vuelan los sillares,  
Y los arcos robustos se quebrantan,  
Y caen al suelo ardiendo los altares,  
Y las puertas al ciclo se levantan.

No hay salud, ni refugio, ni consuelo.  
Nobles matronas, jóvenes hermosas  
Vagan acá y allá sin esperanza,  
Y un asilo demandan en su duelo  
Donde evitar la bárbara matanza.  
Calles torcidas, plazas anchurosas  
Barre la muerte con su helada mano.  
Húndese el suelo con tronar profundo,  
Y sepulta á la hermana, y al hermano,



Y al niño, y á la madre, y al anciano.  
El triste moribundo,  
Viendo que cruge el inflamado techo  
Sale arrastrando del infausto lecho,  
Se afana por huir, y en su porfía  
Acelera su misera agonía.

Entre el polvo y el humo y el escombros  
Un fatigado jóven se descubre  
El cabello tostado y el vestido;  
Salva el incendio, y lanza con asombro  
La mitad de un cadáver denegrido.  
«Esposa” dice, y con las manos cubre  
Su rostro, y otra vez «esposa” grita;  
Y en el fuego otra vez se precipita.  
Huye una madre del hogar querido  
Por salvar á su infante,  
Que sosegado duerme en blando lecho,  
Oyese en torno súbito bramido,  
Vuelve del estupor, y ve su pecho  
De sangre salpicado,  
Y el cadáver del hijo destrozado.

Con la feroz violencia  
De la maldita bomba conmovidos,  
Crujen y se desploman encendidos  
Los sagrados asilos de inocencia.  
Las vírgenes confusas y temblando  
Huyen del santo hogar sin saber dónde.  
A la manera que sencillo bando  
De silvestres palomas en la breña  
Viendo herida del rayo la alta peña

Do su nido se esconde,  
El caro albergue deja temeroso,  
Y huye por el desierto presuroso.  
¿Quién huyendo las vió que no llorára,  
Y un anatema horrible no lanzára  
A ese traidor que teme á los valientes,  
Y sus armas esgrime rencoroso  
Contra cuellos inermes é inocentes?  
Yo las ví que del brazo de un soldado  
Las calles recorrían  
Con paso tardo, y corazon turbado.  
Lágrimas de furor humedecían  
El adusto semblante del guerrero  
Quizá por vez primera derramadas,  
Y estrechaba en sus manos el acero.  
¡Solo al mirar aquellas desgraciadas  
Los pechos de diamante se ablandaron,  
Y los ojos en agua se arrasaron!

¡Dia de maldicion; cuán hondamente  
Grabado estás en la memoria mía!  
Huyendo el sol de escena tan horrenda  
Su disco hundió en los mares de Occidente,  
Y la noche tremenda  
Los horrores dobló del triste dia,  
Dense vapor la atmósfera empañando;  
Solo algunas estrellas solitarias  
Alumbraban con luces funerarias  
Casas ardiendo, templos humeando.  
Cien inflamados globos, y otros ciento  
Círculos horrorosos describían,  
Y en torrentes de fuego descendían.

Crujiendo bajan desde su alto asiento  
Las columnas, los techos, los sillares;  
Retiembla el suelo en su eternal cimiento;  
Del incendio resuenan los bramidos,  
Y entre las llamas míseros gemidos.

Entre tanto el traidor que consternado  
Juzga tal vez al pueblo belicoso,  
Ordena sus falanges aguerridas,  
Que de la oscura noche protegidas  
La línea asaltan con furor rabioso.  
¿Visteis acaso al tigre encarcelado,  
A quien mano cobarde  
Por entre los cerrojos de su encierro  
Clava la flecha en el siniestro lado,  
Que ruge de furor, de rabia arde,  
Y muerde y troncha el alevoso hierro,  
Y si logra romper la dura puerta  
Salta sobre el traidor, que huye aturdido,  
O en mil pedazos queda dividido?  
De este modo el tirano á los guerreros  
Diera con mano leve muerte cierta,  
Sin osar presentar jamas su pecho;  
Ellos ciegos de furia y de despecho,  
Al ver que sus aceros  
Hundir no pueden en los pechos viles,  
Despedazan tal vez sus proyectiles.  
Mas hora que los miran ya cercanos  
Se agitan impacientes,  
El arma tiembla en sus convulsas manos,  
Y un mortifero fuego les asestan;  
Los contrarios contestan,

*Ya*  
Ya los bravos avanzan insolentes,  
Echan al muro osados las escalas,  
Suben por ellas, bajan despeñados,  
Y vuelven á avanzar, y retroceden  
A una lluvia espesísima de balas;  
Y avanzan otra vez desesperados;  
Se obstinan sitiadores y sitiados,  
Ni los tiranos ni los libres ceden.  
Arden los fuertes y arde la muralla,  
En la triste ciudad la bomba estalla,  
Y arde tambien; y fuego se divisa  
En el oscuro cielo,  
Y fuego brota el suelo,  
Y fuego bate la encendida brisa.

¡Noche de fuego, digna solamente  
Del abrasado día!  
¿Por qué con mano pía  
Nuestros párpados mústios no doblaste,  
Y con dulce beleño rociaste  
Nuestra marchita frente?  
¿Por qué desde el Oriente  
De la aurora el balsámico rocío  
No sacudiste sobre el pecho mío?

Ya el sol ensangrentado y ardoroso  
Hacia el alto zenit iba subiendo,  
El fatigado bronce enmudecía,  
Y falanges sin fin iban cubriendo  
El enemigo campo; y orgulloso  
Un personaje al frente se veía,  
Un personaje á quien invicto llama

La torpe adulacion. Reinaba en tanto  
La calma en la ciudad. ¡Calma terrible!...  
¿Por qué se nos demuestra tan sensible  
El que ayer nos llenó de luto y llanto?  
¡El hipócrita dice que nos ama,  
Y que el incendio ha visto conmovido  
De la hermosa ciudad! ¡perdon y olvido  
Nos promete y nos pide ese cobarde  
Añadiendo el insulto á la fiereza!  
¿Olvido ahora, cuando demolida  
Media ciudad está? tirano, es, tarde;  
¿Y creiste en nosotros tal bajaiza?  
Nunca traidor. Te engañas por tu vida.  
Incendia la otra media, y digna hazaña  
Será de tí, del déspota de España.  
¡Nos rendiremos, sí!!!... Cuando arrojado  
Te hayamos ya los últimos escombros  
De nuestro hogar, el último soldado  
Sus hijos cargará sobre sus hombros,  
Y saltará con ellos en la hoguera;  
Entonces entrarás con planta fiera,  
Y en un trono de huesos asentado  
Empuñarás el cetro que has soñado.

Desairado el tirano que creía  
En su soberbia loca  
Vernos lanzar confusos los aceros.  
Y correr á besar su mano impía,  
Lanza rabiosa espuma por la boca,  
Muerde sus labios, su ecistir maldice;  
Y una señal haciendo á sus guerreros,  
«Caiga á mi vista la ciudad” les dice.

Una lluvia de fuego en el momento  
Del inflamado bronce se desprende,  
Que la heroica ciudad de nuevo enciende.  
¿Es ese ¡ó Duque! el tierno sentimiento  
Que te hizo suspender cuando te plugo  
El fuego aquel tan vivo  
Para encenderlo ahora mas activo?  
¡Harto ya lo sabemos:  
Harto tu corazon ya conocemos!....  
El mismo sentimiento que el verdugo,  
Viendo que ya su víctima no siente,  
Y cansado su brazo,  
Le hace aflojar el retorcido lazo,  
Para atarlo despues mas fuertemente.

Era la siesta del ardiente Estío.  
El sol desde el zenit fuego lanzaba,  
Y las hojas el viento no movía;  
En los bosques del rio  
El pájaro sus alas doblegaba.  
Y en tanto que la atmósfera se ardía,  
Un torrente de fuego descendía  
Sobre el pueblo inflamado,  
Y otro torrente el muro despedía.  
¡O Dios! ¿por qué irritado  
Esa sed insaciable al hombre diste  
De sangre amarga de su hermano triste?  
¿Por qué hiciste de fuego á esos guerreros?  
¿Por qué no se derriten sus morteros?  
Mas fiero que los tigres, y mas duro  
Que el hierro mismo que arrojaba en vano,  
Se gozaba el tirano,

Y cual otro Neron se sonreía,  
Al contemplar en su brutal orgía  
Arder las casas, desplomarse el muro.

Ocho veces el sol desde el Oriente  
Vió la heroica ciudad que se abrasaba,  
Y otras tantas la vió desde Occidente  
Que al tenaz enemigo despreciaba.  
Ya otra vez derramaba  
Su hermosa luz por la aterida tierra,  
Y no sonaba aun grito de guerra.  
Inmensa muchedumbre  
Sale de la ciudad, y presurosa  
Corre al campo enemigo abandonado  
Y de despojos bélicos sembrado.  
Allá de la Giralda en la alta cumbre  
Tremola una bandera magestosa,  
Y cien campanas zumban por el viento.  
Un general contento  
En los semblantes brilla;  
Todos repiten «se salvó Sevilla.»

¿En dónde está ese hombre  
Que invicto se decía?  
¿En dónde está el perjuro  
Que te quiso aherrojar, ó patria mia?  
Hundióse su poder bajo tu muro,  
Y allí dejó sus glorias y su nombre.  
La tierra sacudida  
Bajo su planta impura  
A la mar lo lanzó, que enfurecida  
Brama, y lo arroja á la Albion oscura.

Cantad, ó vates. Vuestra blanda lira  
Desde el Bétis entone  
Los dulces versos que la patria inspira,  
Y la patria os escuche, y os corone.  
Y tú, Sevilla, que con fuerte mano  
Al coloso de España derrocaste,  
Y tu reina salvaste  
De su opresor tirano,  
Gózate INVICTA en tu feliz victoria,  
Pues la Europa te ha visto, y admirada.  
Tiene á tus bravos hijos consagrada  
Una brillante página en la historia,  
Y á tu Junta inmortal, y al gran Figueras,  
Tu caudillo valiente.  
Esa preciosa sangre que vertieras  
Ha regado cual limpido torrente  
El noble lauro que orlará tu frente.  
Los pueblos se hundirán y las naciones,  
Y en tanto que el valor aprecie el mundo,  
Con respeto profundo  
Oirán tu nombre cien generaciones.



